



Hernán Lara Zavala

Después del amor

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luego de muchos años de no verse se encontraron un día por casualidad. Los dos habían ido solos a la exposición de una amiga común. Se miraron sin saludarse. Él iba vestido con esa mezcla rara de informalidad y refinamiento que la mayor parte de la gente considera como evidencia de una vida excéntrica; ella llevaba un vestido escotado de terciopelo negro, evidencia de una clase social privilegiada. Cada quien recorrió la galería por su parte observando los lienzos. A la hora del brindis, él se acercó a ella y le propuso:

-Vámonos. Te invito una copa.

Se pusieron de acuerdo. Salieron juntos. Ya estaban sentados en el bar de un hotel de la ciudad, ambos bebiendo whisky, cuando él preguntó sin mayor preámbulo:

-¿Y qué fue de nuestro amor? ¿Qué quedó de toda esa pasión? ¿En qué se transformaron? ¿Se desvanecieron en el tiempo, en el recuerdo, en la memoria? ¿Los actos del corazón se pierden en cuanto cesan los actos físicos? ¿Será verdad que en nuestra época ya no hay pecados sino meras transgresiones? ¿Que el perdón no existe y que ya no nos queda más remedio que rechazar la culpa y el remordimiento para sumirnos en el vacío? El amor moderno, ¿será tan complejo que ya no admite una sola línea de acción, una incógnita, un misterio? ¿Puede seguir siendo, como se consideró alguna vez, de una sola pieza, refractario, indivisible y siempre fiel? ¿Cuántos vértices tiene el amor? Esos mismos vértices muchas veces nos lastiman y lastiman a los que amamos y, sin embargo, los agradecemos porque son los que nos hacen sentir y nos hacen vivir. ¿Pero es posible hablar de amor? ¿Se puede ser tan cínico o tan ingenuo como para decir te amo con total impunidad? ¿Hay alguien que logre vivir una gran pasión que no parezca un remedo insulso de una vieja película en la que ya nos sabemos de memoria todos los parlamentos?

La enormidad de la ciudad de México les permitía llevar dos y hasta tres vidas paralelas e independientes sin que una se cruzara jamás con la otra. Se hicieron amantes: se veían cada vez que podían, tres o cuatro veces a la semana, en ocasiones en la calle, solamente a conversar, a besarse, a decirse cuánto se amaban, para después retirarse cada quien a cumplir con sus obligaciones, con sus trabajos, con sus familias; fueron pareja durante años aunque nunca se planteó la posibilidad de vivir juntos. Ella tenía familia. Él era libre aunque tenía novia. Se veían clandestinamente. La mujer le contestó:

-No lo sé. Pero me niego a aceptar que lo que vivimos e imaginamos juntos se convirtió en memoria de lo que fue, en meros recuerdos, en lo que ya pasó y no podrá volver a existir jamás. Habían descubierto un raro placer en reunirse en esos recintos cerrados, sórdidos la mayor parte de las veces, que los aislaban por completo del bullicio de la ciudad y de su diario acontecer para dejarlos totalmente expuestos, uno junto al otro, a la más absoluta intimidad. Rara vez se veían los fines de semana. Nunca durante las vacaciones.

-Los recuerdos de nuestras emociones se van quedando por ahí, comentó él: algunos de manera natural y espontánea, otros, muy pocos, buscamos rescatarlos y preservarlos; la mayoría se abandonan o se acaban, se marchitan, se rompen, se tiran a la basura, y muchos de ellos están ahora totalmente ausentes, perdidos para siempre de nuestras vidas, olvidados. Y si acaso viven, se encuentran reposando en la oscuridad de nuestros limbos y ni siquiera se alteran cuando tiramos al piso un poco de sal.

Se separaron poco a poco. "Que no sea durante la época de lluvia", le había pedido ella. "No lo podría soportar". "Tampoco en navidad", había pensado él. Y así la relación se fue prolongando.

-Tal vez tengas razón, contestó ella. Pero a pesar de que hace años que no hacemos el amor, que no nos tocamos, que no nos vemos, yo sé perfectamente cómo me miras, cómo te ríes, cómo te levantas el cabello de la frente; veo la forma de tus dedos, siento la temperatura de tu piel, sé cómo te suenas la nariz, cuál es el olor de tu cuerpo, el sabor de tu semen. Y eso no lo recuerdo, lo vivo.

Un buen día no se vieron más. No se hablaron. No se buscaron aunque ambos sabían exactamente dónde estaba el otro durante cada una de las horas del día.

-Ustedes, las mujeres, anhelan dejar una huella, un sentimiento imborrable, indestructible.

-¿Y ustedes no?

-También, pero de una manera más egoísta, más carnal, más hacia nosotros mismos.

Sus respectivas parejas se llegaron a enterar de lo que sucedía entre ellos. A ella la descubrieron primero. Una inocente llamada telefónica. No lo llamó porque su marido se quedó en casa. A él se le hizo fácil y le habló para descubrir qué sucedía. Ella y su marido descolgaron el teléfono simultáneamente. Los descubrieron: hubo pleitos, disputas, amenazas, pero el divorcio no se planteó.

-Cuando te conocí estabas desencantada, dijo él.

-Sin saberlo estaba sumida en la más terrible de las desilusiones. ¿Por qué, si en realidad no era infeliz?

-Quizá porque buscabas un reto sin saberlo.

-¿Y por qué le habré comentado a la persona menos adecuada que nos habíamos conocido? ¿Que me había enamorado de ti? ¿Y que tal vez tú de mí?

-Porque querías que ella se burlara de ti y luego de mí, que te hiciera ver lo absurdo de tus apreciaciones, lo descabellado de tus fantasías, lo estúpido de tu anhelo.

-Al poco tiempo yo ya no pensaba. Empecé a vivir de una manera que no me correspondía. Sin darme cuenta me había lanzado al vértigo que hace nebuloso y flotante todo lo que te rodea, que arrastra y arrebata tus sentidos y tu voluntad. Tuve la sensación de que me podía desprender de la seguridad, de lo cotidiano, de lo perdurable, de lo carnal, de lo humano. Mi pequeño e insignificante mundo creció, cobró significado mientras me alejaba de él. Yo ya no era despreciable porque tú estabas a mi lado y tú no eras despreciable porque yo estaba junto a ti. Tu presencia se convirtió en mi obsesión. Ahí estabas: cerca, junto, dentro de mí.

Luego lo descubrieron a él: un día su novia vio el coche de él estacionado frente al edificio donde vivía. Se bajó, tocó el timbre y como nadie contestara decidió esperarlo. Al poco rato bajaron juntos, felices, bromeando. Tampoco terminó con su novia. Discutieron y se arreglaron pero a partir de entonces él empezó a vagar sentimentalmente.

-Me sentía privilegiado: la pasión me había hecho traicionar mis convicciones.

-Cuando yo rememoraba las tonalidades de tu voz sentía que me inquietaban, me invadían, me penetraban y me alteraban sin saber cómo pero los quería a toda costa, quería que formaran parte de mi cuerpo, de mi voluntad, de mis entrañas. Me sucedía algo similar con tus caricias que cuando intentaban hurgar en mi lujuria de pronto encontraban una respuesta desconocida para mí misma, para mi cuerpo, para mi manera de ser. Algo que me llevaba a poner mis manos sobre ti y a sentir tus mal intencionados besos sobre mi boca como una comezón de la que no me podía librar y de la que cada vez quería más y más. Habíamos erotizado todo: nuestros cuerpos, nuestras ropas, nuestros coches porque casi siempre nos veíamos en el auto y si teníamos tiempo de ahí nos íbamos a algún cuartucho de hotel, si podíamos a tu departamento pero la verdad es que yo tenía miedo porque él ya había indagado dónde vivías. Y si no, nos refugiábamos en un estacionamiento o en una calle solitaria. Esa intensidad llegó a ti un poco después, me parece. Hubo una cierta dilación hasta que logramos embonar totalmente el uno en el otro.

-Tenía miedo

-¿De qué?

-De perder mi libertad.

-¿Porqué? Yo, en cambio, me sentía desperdiciada con una libertad sin objeto. Y de repente me di cuenta de que estaba colmada hasta lo más íntimo. Me sentía saciada aunque me había creído insaciable. Como si hubieras despertado en mí una sensualidad adormecida durante años. Mis sentidos se agudizaron para recibirte, para descubrirte, para entender, en tus menores gestos, lo que pensabas, lo que sentías. Nunca hice el más mínimo esfuerzo para comprenderte. Te aprehendí intuitivamente. Eras el espejo en el que me reflejaba.

-Es cierto. A veces, cuando hablábamos por teléfono, me sorprendías y me asustabas porque sin verme te dabas cuenta mejor que yo de mi estado de ánimo: cuándo estaba distraído o disperso, cuándo me enojaba aunque tratara de disimularlo, cuánto te deseaba, aunque te estuviera diciendo precisamente lo contrario, cómo me dolían los testículos de sólo pensar en ti. Nuestra relación se hizo parasitaria, se convirtió en un vicio. Pero debo decirte algo: nunca sentí una persona más afín a mí.

-Y tal vez por eso cuando yo empecé a sentir temor, remordimiento y culpa tú reaccionaste con nuevos bríos.

-La única manera de exorcisar la culpa es llevarla hasta su límite; así se convierte en un placer perverso; en un placer autodestructivo. Así que nos dejamos precipitar a lo que ya no tenía remedio.

-De pronto te percibí como un ser malévolo bajo cuya influencia me veía arrastrada a una tragedia inevitable en donde no nos aguardaba más que la condenación.

-Cada uno de nosotros lleva a cuestas su propio infierno. Es el infierno del otro lo que nos atrae principalmente. A mí el tuyo, a ti el mío. Son ellos los que avivan la pasión. Y cuando la pasión se acaba son ellos los que nos atormentan y nos desilusionan. Uno llega a odiar lo que antes adoró. Pero el momento de la adoración no tiene precio .

-El horror a la tragedia invadió mi vida. Me sumí en la desesperanza. En ese espacio que se da entre la condena y la salvación, entre lo que hubiera podido ser y lo que ya nunca jamás será.

-¿Y que quedó a fin de cuentas? Luego que nos dejamos, ¿al menos lograste ser fiel?

-No.

-¿En qué consiste la infidelidad? ¿Anhelos de venganza? ¿Insatisfacción con uno mismo? ¿Falta de inventiva? ¿Incapacidad para iniciar nuevas vidas a partir de lo que uno tiene?

-Es una forma de subversión.

-¿Cuántas veces fuiste infiel?

-No lo sé...

-¿Una, dos, cinco...?

-Muchas . . .

-¿Y no pensabas en mí?

-Sí . . .

-¿Y entonces qué pasó con el amor?

-Intacto... ¿Pero tú? ¿Me fuiste fiel?

-Tampoco.

-No me amabas. No nos amábamos.

-Te amé.

-Pero no como yo a ti.

-Exactamente igual. No lo sé pero quizá el amor sea curable...

-Tal vez pero yo, por mi parte, argumentó ella, contemplo ahora ese pasado compartido como parte de nuestro presente: impostergable, irreducible, indeleble. Como algo que no fue sino que permanece, que seguirá siendo y que le dará coherencia a nuestro existir y al de aquellos otros que logren vivir algo similar. Si todo eso no hubiera sucedido, nuestra vida habría sido tal vez más sosegada pero sin duda mucho más triste.

Él pagó la cuenta. Se pusieron de pie. Caminaron juntos hasta la salida del hotel. Se miraron a los ojos y sin decirse nada cada quien salió por su parte para no volverse a ver.

Facilitado por la [Universidad Nacional Autónoma de México](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

